

quedaba dormido. En el *cu-cu* dieron las siete; Enrique y Leonor, empeñados en ayudar á Alicia, acababan de romper un plato, cuando el abuelo *Buenamuerte* entró metiendo prisa para que se cenara y poderse volver á la mina. Entonces la mujer de Maheu despertó á su marido.

—¡Vamos á cenar! ¡Peor para ellos!... Ya son grandecitos para encontrar la casa. Lo malo es que no tenemos ensalada.



## V.

**E**N casa de Rasseneur, Esteban, después de haber comido, subió al cuartito que había de ocupar; una especie de guardilla con una ventana al campo; y muerto de cansancio, se echó vestido encima de la cama.

No había dormido ni cuatro horas en dos días. Cuando despertó, anocheecía ya: se quedó un momento inmóvil, como aturdido, sin acordarse del sitio donde se hallaba, y sentía tanto malestar, una pesadez tan grande en la cabeza, que trabajosamente se puso en pie, con el propósito de dar una vuelta y tomar el aire antes de comer, para luego acostarse del todo.

El tiempo había abonanzado, y el cielo iba encapotándose, cargado de esas nubes del Norte, cuya proximidad se comprendía en lo tibio y húmedo del aire. La noche avanzaba rápidamente. Sobre



aquel mar inmenso de tierra rojiza; el cielo, cada vez más nublado, parecía que iba á desatarse en agua.

Esteban salió de la casa, y comenzó á errar á la ventura, sin más objeto que despejarse la cabeza y sacudir la fiebre de que se sentía acometido. Cuando pasó por delante de *La Voreux*, ya envuelta en la oscuridad, porque todavía estaban los faroles sin encender, se detuvo un momento, para ver salir á los mineros de por la tarde. Sin duda eran las seis, porque los obreros salían por grupos numerosos mezclados con otros de cernedoras, que iban riendo y cantando por los oscuros caminos que conducían á los barrios.

Primero pasaron por el lado del joven la *Quemada* y su yerno Pierron. Iban peleándose, porque ella se quejaba de que no la había defendido en una disputa que acababa de tener con un vigilante á propósito de la cuenta de su trabajo.

—¡Malhaya tu estampa! ¡Vaya un hombre! ¡Quedarse callado delante de uno de esos canallas que nos explotan!

Pierron continuaba su camino sin contestar, hasta que al fin exclamó:

—¿Qué queríais? ¿Que hubiera abofeteado al jefe? Gracias; no tengo ganas de historias.

—¡Pues que te pongan una albarda entonces! ¡Ah, demonio! Si mi hija me hubiese hecho caso... Si estuviera yo en su pellejo, bien me las pagarías...

Las voces se perdieron á lo lejos, mientras Esteban la veía desaparecer con su nariz de pico de águila, sus enmarañados pelos blancos y sus brazos flacuchos y negros agitándose en el aire. Pero pronto puso atención á las palabras de unos jóvenes que pasaban por su lado.

Había reconocido á Zacarías, que estaba esperando allí á su amigo Mouque.

—¿Quieres venir?—le dijo éste al llegar.—Nos comeremos una tostada, y nos iremos luego al *Volcán*.

—Dentro de un rato, porque ahora tengo que hacer.

—¿Qué tienes que hacer?

El obrero se volvió, y vió á Filomena que salía del taller de cerner. Entonces creyó comprender.

—¡Ah! Bueno... Entonces me voy delante.

—Sí; te alcanzo en seguida.

Mouque, al marcharse, tropezó con su padre, Mouque el viejo, que salía también de *La Voreux*; los dos hombres se dieron las buenas noches con frialdad, y el hijo echó por el camino real, mientras el padre seguía por la orilla del canal.

Entre tanto Zacarías, que se había acercado á Filomena, la empujaba por un sendero extraviado, á pesar de su resistencia. Ella decía que llevaba prisa, y que otro día; y se peleaban como marido y mujer que llevaran mucho tiempo de casados. No era nada agradable aquel no verse más que en el campo, sobre todo en invierno, cuando la tierra



estaba mojada y no había trigos donde tenderse.

—Pero mujer, si no es eso—dijo él impacientándose.—Es que tengo que decirte una cosa.

La tenía cogida por la cintura, y la empujaba suavemente. Luego, cuando estuvieron lejos del camino por donde iban los mineros, le preguntó si tenía dinero.

—¿Para qué?—dijo ella.

Él, que no sabía qué decir, habló tartamudeando de una deuda de dos francos que le iba á producir un disgusto en su casa.

—Calla... He visto á Mouque, y sé que vais al *Volcán*, á ver á esas puercas del café cantante.

Él se defendió como pudo, dándose golpes de pecho y jurando por su honor. Luego, viendo que ella se encogía de hombros, dijo bruscamente:

—Ven con nosotros, si quieres... Ya ves que no me estorbas. ¿Qué tengo yo que hacer con esas cantantes?... Ven, ven...

—¿Y el chiquillo?—respondió ella.—¿Crees tú que pueda una ir á ninguna parte con un chiquillo que no se está quieto un momento?... Deja que me vaya, porque de seguro ya no me esperan en casa.

Pero él la detuvo, suplicándole. Vamos, quería dinero para no hacer mal papel con Mouque, al cual había prometido ir con él. Los hombres no podían acostarse todos los días á la hora de las gallinas. Ella, vencida, se había levantado el delantal y sacaba de la faltriquera una moneda de diez

sueldos, que con otro poco dinero tenía escondido para que no se lo robara su madre.

—Mira, tengo cinco—dijo.—Te prestaré tres; pero me has de prometer que decidirás á tu madre á que nos deje casar. ¡Basta ya de esta vida endemoniada! Mamá me echa en cara á cada momento el bocado de pan que como... Júramelo primero.

La pobre muchacha hablaba con voz tranquila, sin pasión, como una mujer simplemente harta de la vida que llevaba. Él juró que era cosa convenida, sagrada; luego, cuando tuvo en su poder las tres monedas, la dió un beso, le hizo cosquillas hasta que ella se echó á reir, y las cosas hubieran ido acaso más lejos, en aquel sitio que era su cama de invierno, si ella no hubiera dicho que no, que no le gustaba echarse en el suelo mojado. Filomena se fué al pueblo ella sola, mientras que él apresuraba el paso á campo traviesa para alcanzar á su compañero.

Esteban, maquinalmente, los había seguido desde lejos, sin comprender bien lo que pasaba, y creyendo que se trataba simplemente de una cita. En las miñas, las muchachas eran precoces; se acordaba de las obreras de Lilla, á las que iba á esperar á la salida del taller, cuando otro encuentro le sorprendió más todavía.

En la parte baja de la plataforma, una especie de foso, donde habían caído una porción de piedras desprendidas, estaba Juanillo, regañando que era



un portento á Braulio y á Lidia, en medio de los cuales estaba sentado.

—¿Eh? ¿Qué es eso?... Voy á daros á cada uno otro soplamocos si no os contentáis... Vamos á ver: ¿de quién ha sido la idea?

En efecto: Juanillo había tenido una idea. Después de haber pasado más de una hora con los otros chicos cogiendo ensalada en los prados á orillas del canal, había reflexionado, mientras contemplaba aquel montón de verde tan grande, que no podían comérselo en su casa, y en vez de volverse al barrio de los obreros, se dirigió á Montson, dejando á Braulio de centinela, y obligando á Lidia á que llamase en casa de unos burgueses y vendiera la ensalada.

Él, que tenía ya alguna experiencia, decía que las chicas vendían lo que les daba la gana. En efecto: la vendió toda, y la chiquilla volvió con once sueldos de ganancia, que se estaban repartiendo entre los tres.

—¡Es una injusticia!—declaró Braulio.—Es menester hacer tres partes... Si tú te quedas con siete sueldos, nosotros no tocamos más que á dos por barba.

—¿Y por qué es injusticia?—preguntó Juanillo furioso.—En primer lugar, yo he cogido más.

El otro se sometía casi siempre, poseído de cierta temerosa admiración, de cierta extraña credulidad que le hacía continuamente víctima de Juanillo, hasta el punto de que se dejaba pegar por éste,

á pesar de ser mayor y más fuerte que él. Pero aquella vez, la idea de tener dinero le excitaba á la resistencia.

—¿No es verdad, Lidia, que nos roba?... Si no repartes bien, se lo diremos á tu madre.

Juanillo le dió un puñetazo en las narices.

—Yo seré quien vaya á vuestras casas diciendo que me habéis vendido la ensalada que traía para mi madre... Además, animal, ¿puedo dividir los once sueldos en tres partes iguales? Vamos á ver si lo haces tú, que eres tan listo... Aquí tenéis cada uno vuestros dos sueldos. Cogedlos de prisa, ó me los guardo también.

Braulio, convencido, cogió las dos monedas. Lidia, temblorosa, no había dicho una palabra, porque delante de Juanillo experimentaba siempre un miedo y un cariño parecidos al de una mujer maltratada por su amante. Cuando le dió su dinero, alargó la mano para cogerlo con sumisa alegría. Pero de pronto él se arrepintió.

—¡Eh! ¿Qué vas á hacer con tanto dinero?... Tu madre te lo quitará, si no sabes esconderlo... Mejor es que yo te lo guarde, y que cuando lo necesites me lo pidas.

Y los nueve sueldos desaparecieron. Para cerrarle la boca, le había dado un beso riendo, y se revolcaba con ella por el suelo. Era su mujercita, y en los rincones oscuros ensayaban los dos el amor tal como lo comprendían y como lo veían hacer en su casa, mirando por entre las rendijas de los ta-



biques de tablas. Todo lo sabían; pero como eran muy pequeños, no podían ponerlo en práctica, limitándose á juguetear como dos perrillos viciosos. Él llamaba á aquello jugar á *papá y mamá*; y élla corría en pos de Juanillo, y se dejaba abrazar con el delicioso temblor del instinto, á menudo enfadada, pero cediendo siempre con la esperanza de algo que no acababa de llegar.

Como á Braulio no le daban nunca parte en aquellos juegos, y Juanillo le abofeteaba cuando quería bromear con Lidia, mientras los otros dos, que no se cuidaban de su presencia, se entretenían, él, poseído de un malestar inexplicable, los contemplaba furioso y sin hablar. Así es, que no pensaba más que en asustarlos, en interrumpirlos, diciéndoles á menudo:

—Oye, tú; allí hay un hombre mirando.

Aquella vez no mentía: era Esteban, que continuaba su paseo. Los chicos dieron un salto, y se escaparon, mientras él siguió su camino, sonriendo al ver el susto que había dado á aquellos bribones. Indudablemente era demasiado para la edad que tenían; pero ¿cómo había de suceder otra cosa? Veían y oían tanto y tanto, que sólo estando atados se hubiera impedido que quisieran imitar á los mayores. Pero Esteban, sin saber por qué, se entristecía al contemplar todo aquello.

A los cien pasos tropezó con otras parejas. Llegó á *Requillart*, y allí, alrededor de la antigua mina en ruinas, todas las muchachas de Montson anda-

ban con sus novios á sus anchas. Era el sitio de cita común, el rincón apartado y desierto donde las obreras iban á tener su primer hijo cuando no se atrevían á echarlo al mundo en otra parte. Las tablas arrancadas de la valla les abrían la entrada en el descampado que había sido plataforma de la mina, cambiado ahora en un terrero que interceptaban á cada paso los restos de los cobertizos derrumbados, y algún que otro aparato que había quedado en pie. Había por allí carretillas destrozadas, maderos antiguos casi podridos, mientras que una endeble vegetación iba reconquistando espontáneamente aquel pedazo de tierra, que empezaba á cubrirse de verde hierba. Todas las muchachas estaban allí como en su casa; para cada una había un rinconcito ó un escondite donde su amante la esperaba, encima de los maderos viejos, ó dentro de las carretillas inútiles. A veces las parejas estaban tan próximas, que casi se codeaban; pero, todos ocupados en el propio placer, tratando de no mezclarse en las operaciones del vecino. Y parecía que en torno de la cegada mina, junto á aquel pozo harto de soltar carbón, la creación tomaba su desquite, implantando el amor libre, que, fustigado por los deseos del instinto, ocupaba los vientres de casi todas aquellas muchachas, apenas mujeres todavía.

Y allí vivía, sin embargo, un guarda, el viejo Mouque, al cual daba la Compañía dos barracas, que por milagro no se habían hundido, pero cuya



carcomida armazón de madera amenazaba ruina. Había arreglado un poco el techo, y se encontraba allí á las mil maravillas, ocupando él con su hijo una de las habitaciones, y su hija, la Mouquette, la otra. Como las ventanas no tenían ni un solo cristal, se habían decidido á cerrarlas, clavándoles unas tablas por dentro; así, aunque no se veía mucho, se estaba más caliente. Por lo demás, aquel guarda, que no tenía nada que guardar, se iba á cuidar sus caballos á *La Voreux*, y no se ocupaba nunca de las ruinas de *Requillart*, donde sólo se conservaban las bocas de los pozos para que sirvieran de chimenea á una máquina de ventilación que renovaba el aire de la mina contigua.

Así pasaba el viejo Mouque los últimos años de su vida, en medio de escenas de amor. La Mouquette había recorrido con los hombres todos aquellos rincones misteriosos, desde la edad de diez años, no como una chiquilla asustada y aún sin desarrollo como Lidia, sino hecha una mujer completa y sabrosa, hasta para los hombres barbudos. El padre no había dicho nada, porque su hija era muy respetuosa, y nunca se permitió introducir un amante en su casa. Por otra parte, estaba tan acostumbrado á aquellos espectáculos, que nada le asustaba.

Cuando iba ó volvía al trabajo, cada vez que salía de su casa, tropezaba de manos á boca con parejas amorosas que se solazaban desvergonzadamente sobre la hierba; y peor era si salía á buscar leña

para encender la lumbre; entonces veía levantarse delante de sí uno á uno á todos los novios de Montson, mientras que con el mayor cuidado iba mirando dónde pisaba, para no caer de bruces sobre el cuerpo de alguna muchacha. Poco á poco, todos se habían ido acostumbrando á los encuentros con el viejo, y nadie se molestaba, ni él, que miraba donde ponía los piés, ni las parejas, que no se tomaban el trabajo de interrumpirse, seguras de que, como buen viejo que se sometía ante las cosas de la naturaleza, no les había de decir palabra. Pero así como ellas le conocían, aun de noche, él había acabado por conocerlas también. ¡Ah! ¡Qué juventud! ¡Con qué despreocupación se entregaba á satisfacer sus placeres! A veces el pobre viejo meneaba la cabeza, como recordando y echando de menos mejores tiempos. Una sola cosa le causaba mal humor: dos enamorados habían tomado la costumbre de apoyarse en el tabique de su cuarto, que crujía á cada momento, y aunque la cosa no le quitaba el sueño, rabiaba, porque á la larga iban á echarlo abajo.

Todas las tardes el viejo Mouque recibía la visita de su amigo el tío *Buenamuerte*, que siempre, antes de comer, daba el mismo paseo. Los dos viejos hablaban apenas, cruzando, cuando más, una docena de palabras durante la media hora que estaban reunidos. Pero les divertía verse juntos, pensando, el uno al lado del otro, en cosas antiguas, que recordaban con placer al mismo tiempo, sin



necesidad de decírselas mutuamente. En *Requillart* se sentaban en un madero, hablaban un par de palabras, y se iban al país de los sueños y de los recuerdos, con la cabeza agachada y mirando al suelo. Alrededor de ellos, los mozos del pueblo se divertían con sus novias; oíanse de vez en cuando risas misteriosas y rumor de besos, y un olor á mujer subía de la verde hierba que las parejas holaban con sus cuerpos. Hacía ya cuarenta y tres años lo menos que el tío *Buenamuerte* había escogido por esposa á una cernedora tan endeble y tan bajita, que tenía necesidad de subirla á una carretilla para poder besarla á su gusto. ¡Ah! ¡Cuánto tiempo había transcurrido! ¡Cuántas cosas habían pasado desde entonces! Y los dos viejos se separaban luego, meneando tristemente la cabeza, y á menudó sin despedirse siquiera.

Aquella noche, sin embargo, en el momento en que llegaba Esteban, el tío *Buenamuerte*, que se levantaba del madero que le servía de banco, para volverse á su casa, dijo á Mouque:

—Buenas noches.

Mouque permaneció un momento silencioso, y luego, encogiéndose de hombros repetidas veces, contestó entrando en su barraca:

—Buenas noches.

Esteban fué á sentarse en el mismo madero que acababan de abandonar los dos ancianos. Su tristeza aumentaba, sin que él supiera por qué. El viejo, á quien veía desaparecer lentamente, le recor-

daba su llegada á la mina la noche antes, y las palabras que el frío sin duda le arrancara entonces, porque estaba visto que era de lo más callado que podía darse. ¡Qué miseria! ¡Y todas aquellas muchachas, rendidas de cansancio, que aún tenían humor para irse por la noche á encargar chiquillos, futura carne de trabajo y de sufrimiento! Aquello seguiría así siempre, mientras ellas continuasen echando al mundo seres predestinados á la desgracia. ¡Cuánto mejor hubieran hecho defendiéndose de sus novios como de la proximidad de un gran peligro! Tal vez aquellas ideas tristes acudieran á su mente, por efecto de verse solo á la hora en que cada cual buscaba á su cada cual para disfrutar misteriosos placeres.

La influencia del tiempo debía entrar por mucho también; la pesadez de la atmósfera les ahogaba; gruesas gotas de lluvia, raras todavía, mojaban de cuando en cuando sus febriles manos.

Sí; á todas, á todas las muchachas de allí les sucedía lo mismo. Las necesidades de la naturaleza eran más fuertes que la razón.

Por el lado de Esteban, que permanecía sentado é inmóvil, pasó, casi rozándole, una pareja que llegaba de Montson, y que se internó en el descampado de *Requillart*: élla, que seguramente era una chiquilla, se resistía, defendiéndose con ruegos en voz baja, casi con murmullos de súplica; mientras él, silencioso, la empujaba, sin hacerle caso, hacia la oscuridad de un rincón del cober-



tizo que había quedado en pie en medio de aquellas ruinas.

Eran Catalina y Chaval. Pero Esteban, que no los había conocido al pasar, los seguía con la vista sin moverse, observando el final de aquella historia, poseído de pronto de una brutal sensualidad, que trocaba el curso de sus reflexiones. ¿A qué había de intervenir? Cuando las mujeres dicen que no, es que quieren hacerse rogar.

Al salir de su casa, Catalina se había dirigido á Montson. Desde los diez años, desde que se ganaba la vida en la mina, iba sola por todas partes, disfrutando de esa libertad completa que se usa entre las familias de los mineros; y si á los dieciséis años aún no había tenido nada que ver con ningún hombre, debía sin duda al tardío despertar de su pubertad, cuya crisis estaba esperando todavía. Cuando llegó á las canteras de la Compañía, atravesó la calle y entró en casa de una lavandera, donde estaba segura de encontrar á la Mouquette; porque ésta se pasaba allí las horas muertas con una porción de mujeres que, desde por la mañana hasta por la noche, se entretenían en pagarse, una detrás de otra, rondas de café. Pero tuvo un disgusto, porque la Mouquette, que acababa de convidar en aquel momento, se había quedado sin dinero, y no pudo prestarle los diez sueldos prometidos. Para consolarla, la ofrecieron, aunque en vano, un vasito de café caliente. No aceptó, ni quiso que su compañera pidiera prestados á otra

los diez sueldos. Acababa de tener un brusco pensamiento de economía, una especie de supersticioso temor: la seguridad de que si compraba entonces la descada cinta, había de ser causa de grandes males.

Apresuróse á tomar de nuevo la dirección de su casa, y ya se hallaba á la salida del pueblo, cuando un hombre que estaba parado á la puerta del café de Piquette, la llamó:

—¡Eh! ¡Catalina! ¿Á dónde vas tan de prisa?

Era Chaval, el buen mozo. La muchacha se sintió contrariada, no porque le disgustase, sino porque no estaba para bromas.

—Entra á tomar algo... ¡Una copita de licor! ¿Quieres?

Ella se negó, dando las gracias con amabilidad, porque se hacía de noche y la estaban esperando en su casa. Él, que se le había acercado, le suplicaba cariñosamente en voz baja, en medio de la calle. Hacía mucho tiempo que acariciaba la idea de hacerla subir al cuarto que ocupaba en el piso alto del café de Piquette, una habitación muy bonita, con cama de matrimonio. ¿Se asustaba de él, cuando con tanta insistencia se negaba siempre á complacerle? Élla, sin enfadarse, se reía, diciéndole que subiría la semana en que no pudieran concebirse hijos. Luego, sin saber cómo, en el calor de la conversación, empezó á hablar de la cinta azul que no había podido comprar.

—¡Yo te compraré una!—exclamó Chaval.



Catalina se puso colorada, comprendiendo que no debía aceptar, pero atormentada por el deseo de no quedarse sin la cinta. Volvió á tener la idea de hacer un empréstito, y acabó por aceptar el ofrecimiento de Chaval, con la condición de que le devolvería lo que costase la cinta. Empezaron á bromear de nuevo, y quedó convenido que, si no dormían juntos una noche, le devolvería el dinero. Pero surgió otra dificultad, cuando Chaval quiso que fueran á comprar la cinta á casa de Maigrat.

—No, allí no; mi madre me lo ha prohibido.

—Déjalo: ¿acaso tienes precisión de decir dónde has estado?...

En aquella tienda vendían las cintas más bonitas de Montson.

Cuando Maigrat vió entrar en su casa á Chaval y á Catalina como dos novios que fueran á hacer sus compras de boda, se puso muy colorado y enseñó las piezas de cinta azul, con la rabia de un hombre que se siente burlado. Luego, cuando los dos jóvenes acabaron de comprar y se marcharon, él salió á la puerta para verles irse y desaparecer en la oscuridad de la calle; y como en aquel momento se presentara su mujer á preguntarle una cosa, la emprendió con ella, la injurió, y juró que se vengaría de todos los canallas que eran ingratos para con él, cuando debían besar la tierra que él pisaba.

Chaval fué á acompañar á Catalina. Iba á su lado con los brazos caídos, pero la empujaba con la rodilla y la llevaba adonde quería, como quien no

hace nada. De pronto advirtió élla que se habían salido de la carretera y que estaban en el estrecho sendero que conducía á *Requillart*. Pero la joven no tuvo tiempo para enfadarse, porque él la había cogido por la cintura y la aturdía, acariciándola con dulces palabras que no cesaban. ¡Qué tontería tener miedo! ¿Había él de desear mal á una chiquilla tan mona, á quien quería con toda su alma, á la que se comería de buena gana? Y le soplabá suavemente detrás de la oreja y en el cuello, haciendo correr un estremecimiento extraño por toda la piel de su cuerpo. Élla, estremecida por una sensación singular, no encontraba palabras con que responder. En efecto: parecía que Chaval la amaba. Precisamente el sábado anterior, al apagar la luz para meterse en la cama, se había preguntado á sí misma qué sucedería si la cogía á solas por un camino; luego, al dormirse, había soñado que, invadida por el deseo del placer, no se atrevería á decirle que no. ¿Por qué aquella noche sentía cierta repugnancia inexplicable? Mientras le hacía cosquillas en la nuca con los bigotes, con tanta suavidad que ella cerraba los ojos de gusto, la sombra de otro hombre, el recuerdo del que había conocido aquella mañana, la atormentaba, y la parecía que le estaba viendo delante de sí, á pesar de hallarse con los ojos cerrados.

De pronto Catalina miró en derredor suyo; Chaval acababa de hacerla entrar en el descampado de *Requillart*, y quiso retroceder ante la oscuridad del



cobertizo abandonado, hacia donde la empujaba.

—¡Oh! No, no, no... ¡Por Dios, déjame!

El miedo del hombre le acometía; ese miedo que contrae los músculos en un momento de instintiva defensa, aun en el caso de que las mujeres lo deseen y sientan la conquistadora proximidad del varón. Su virginidad, que nada, sin embargo, tenía que aprender, se asustaba como ante la amenaza de un golpe, de una herida, cuyo dolor, desconocido todavía, la llenaba de espanto.

—¡No, no; no quiero! Te digo que soy demasiado joven... De veras, otro día. Esperemos al menos á que sea mujer.

Él gruñó sordamente:

—Pues entonces, tonta, ¿qué te importa?... Nada hay que temer.

Y ya no volvió á hablar. La había sujetado fuertemente, y la tiraba al suelo en un rincón del cobertizo. Élla no procuró tampoco defenderse, sometiéndose antes de tiempo á la voluntad masculina, con esa pasividad hereditaria que á todas las muchachas de su raza les había hecho caer en brazos de los hombres, de aquel modo, y en medio del campo. Sus quejidos sofocados dejaron de oirse y no se oyó más que el ardoroso respirar de Chaval.

Esteban, sin embargo, lo había oído todo desde su asiento. ¡Otra que se entregaba como las demás! Y después de haber visto la comedia, se levantó, poseído de un malestar, de una especie de celosa excitación, en la que entraba por mucho la

rabia. No se cuidó de no hacer ruido, y se alejó de allí, saltando por encima de las maderas, porque aquellos dos estaban harto ocupados para que aquello les estorbase. Pero se quedó sorprendido cuando, ya en el camino y á un centenar de pasos de distancia, volvió la cabeza y vió que estaban ya de pie, y que habían tomado el mismo camino que él para volver al pueblo. El hombre llevaba á la muchacha cogida por la cintura, con ademán agradecido, y seguía hablándole cariñosamente al oído; élla, en cambio, parecía tener mucha prisa, y aceleraba el paso, ansiando llegar á su casa y lamentando lo tarde que era.

Entonces Esteban se vió acometido de un deseo vehemente: el de verles las caras. ¡Qué imbecilidad! Apresuró el paso para no ceder á él; pero sus piés se detenían de continuo, y acabó por esconderse junto al primer farol que halló en el camino, á fin de verlos cuando pasasen. Quedóse estupefacto al conocer á Catalina y á Chaval. En un principio no quiso creer lo que estaba viendo. ¿Sería en verdad la misma aquella muchacha vestida de azul, peinada como las mujeres? ¿Sería la misma que el chiquillo vestido con pantalón de tela que había trabajado con él aquella mañana en la mina? A causa de eso sin duda, sus cuerpos se habían hallado en contacto impunemente. Pero ya no podía dudar; acababa de tropezar con sus ojos; y el color verde claro de sus pupilas y su mirar profundo, no podían ser confundidos con los de nadie. ¡Maldito



traje de hombre! No se lo perdonaría nunca. Y como si tuviera razón para ello, la despreciaba y juraba vengarse. Verdad es que vestida de mujer estaba muy mal; las faldas le sentaban como á un santo un par de pistolas.

Catalina y Chaval continuaron lentamente su camino. Como no sabían que se les espiaba, él la estrechaba la cintura para darle besos en el cuello, y ella, sin advertirlo, acortaba de nuevo el paso bajo la influencia de aquellas caricias que la hacían reír. Como se había quedado atrás, Esteban se veía obligado á seguirlos, irritado por que se atravesaban en su camino, y furioso de tener que presenciar aquella escena que le exasperaba. Era, pues, verdad lo que le había dicho en la mina: que no era todavía querida de aquel hombre: y él, ¡estúpido!, que se había privado de hacerle el amor, temiendo le acusara de imitar al otro: y él, ¡majadero!, que se la había dejado arrebatar, llevando su necedad hasta el extremo de divertirse en presenciar su derrota.

Aquel pasco duró media hora. Cuando la enamorada pareja llegaba cerca de *La Voreux*, detuvo de nuevo el paso, y se paró dos veces á orillas del canal y tres en la plataforma, muy alegre y gozosa, y entreteniéndose para prodigarse todo género de caricias. Estebán, que no quería ser visto, tenía que detenerse también, haciendo las mismas estaciones. Esforzabase en creer que aquello le serviría de lección para no pararse en barras cuando trata-

se con las chicas de la mina. Luego, cuando pasada *La Voreux*, tuvo el camino expedito y pudo irse libremente á comer á casa de Rasseneur, continuó, sin embargo, siguiéndolos, los acompañó hasta el barrio de los obreros, y allí, en la sombra, esperó un cuarto de hora á que Chaval dejara que al fin Catalina entrara en su casa, después de darle dos besos que sonaron mucho. Cuando estuvo bien seguro de que ya no se hallaban juntos, echó á andar nuevamente por la carretera de Marchiennes, á paso acelerado, sin pensar en nada, y harto fatigoso y triste, para encerrarse en su casa.

Una hora después, á eso de las nueve, Esteban volvió á pasar por el pueblecillo, diciéndose que sin remedio era necesario comer y acostarse, si había de estar de pie á las tres de la mañana. En el barrio de los obreros, envuelto ya en la oscuridad de la noche, todos dormían. Ni una sola luz se dejaba ver á través de las persianas cerradas. Un gato solamente corría á su antojo por los desiertos jardinillos. Era el final de la jornada, el anonadamiento de aquellos trabajadores, que desde la mesa caían en la cama, rendidos de cansancio y hartos de comer.

En casa de Rasseneur, en la salita que ya conocen nuestros lectores, tres mineros de los que trabajaban de día estaban bebiendo cerveza. Pero antes de entrar para acostarse, Esteban se detuvo, contemplando por última vez aquellas tinieblas. Veía la misma oscura inmensidad que cuando en medio



de la tormenta había llegado á aquellos lugares en la madrugada anterior; delante de él adivinábase, más que se veía, la masa informe de los edificios de *La Voreux*, mal alumbrados por algún que otro farol. Los tres braseros de la plataforma lucían en el aire, y de vez en cuando, á merced de las llamaradas escapadas de ellos, se destacaban las siluetas del tío *Buenamuerte* y de su caballo tordo, agrandadas de un modo prodigioso. Y más allá, en la llanura inmensa, todo había quedado sumergido en la oscuridad: Montson, Marchiennes, el bosque de Vendome, el anchuroso mar de remolachas y de trigo, y de vez en cuando, luciendo como lejanos faros, los azulados braseros de las minas, ó las vagas llamaradas que se escapaban de las altas chimeneas. Poco á poco la noche se iba metiendo en agua; la lluvia caía ya lenta, copiosa, continua, mientras que en todos aquellos alrededores oíase un solo ruido: la respiración de la máquina de *La Voreux*, que ni de día ni de noche se dejaba de escuchar.



## PARTE TERCERA

### I.

AL día siguiente, y en los sucesivos, Esteban reanudó su trabajo en la mina. Iba acostumbrándose, y su existencia se amoldaba á aquellas tareas y á aquellos hábitos, que tan rudos é insufribles le parecieron en un principio; una sola aventura alteró la monotonía de la primera quincena: una ligera fiebre, que le tuvo cuarenta y ocho horas en la cama, con los miembros destrozados, la cabeza dolorida, y abrasándole, y creyendo en su delirio que empujaba obstinadamente una carretilla de carbón por un caminejo estrecho y tan bajo de techo, que su cuerpo no cabía. Era simplemente la calentura de aclimatación, un exceso de cansancio, del que bien pronto se repuso.